

ciones sobre los elementos mas sencillos á los incomparables genios cuyo esplendor brilla todavía en el universo?

El buen sentido es el pico que descarga los golpes mas seguros sobre el edificio de los sistemas harlo ingeniosos. No lo ignoraba por cierto el agudo filólogo que se negaba á toda discusion sobre los problemas suscitados con respecto á las epopeyas de Homero, y respondia con el poeta cómico á unos argumentos rechazados por la razon: «No me persuadirás, aunque me hayas persuadido (1).»

CAPÍTULO IV.

Homero.

DUDAS SOBRE LA EXISTENCIA DE HOMERO.—ANÁLISIS DE LA ILÍADA.—ANÁLISIS DE LA ODISEA.—¿LA ILÍADA Y LA ODISEA SON OBRAS DEL MISMO POETA?—NO HA HABIDO MÁS QUE UN HOMERO.—FECHA PROBABLE DE SU EXISTENCIA.—HOMERO ERA JONIO.—TRADICIONES VULGARES ACERCA DE SU VIDA.—CARÁCTER DE LOS DIOS DE HOMERO.—CARÁCTER DE AQUILES.—CARÁCTER DE ULISES.—CARÁCTER DE LOS DEMÁS HÉROES DE HOMERO.—HEROÍNAS DE HOMERO.—SENCILLEZ DE LA POESÍA DE HOMERO.—SUBLIME DE HOMERO.—SUS DESCRIPCIONES.—HOMERO JUZGADO POR LOS MORALISTAS.—ESTILO DE HOMERO.—SU VERSIFICACION.—TRÁSMISION DE LAS EPOPEYAS HOMÉRICAS.—OBRAS DE LOS CRÍTICOS ALEJANDRINOS.—DEL CANTO XI DE LA ODISEA.—CONCLUSION.

Dudas sobre la existencia de Homero.

«¿Quién creará, dice Fenelon (2), que la *Ilíada* de Homero, ese poema tan perfecto, nunca se haya compuesto por un esfuerzo del genio de un gran poeta, y que, revueltos

(1) Aristófanés, *Pluto*, v. 600.

(2) *De la existencia de Dios*, parte I, cap. I.

confusamente los caracteres del alfabeto, una casualidad, un albur, haya reunido todas las letras precisamente en la disposicion necesaria para describir en versos llenos de armonía y variedad tantos y tan grandes acontecimientos, para arreglarlos y coordinarlos con tanto esmero, para pintar cada objeto con todo lo mas gracioso, mas noble y mas patético, y para hacer hablar á cada persona segun su carácter, de un modo tan ingénuo y apasionado? Raciocínese, utilícese cuanto se quiera; nunca se persuadirá á un hombre sensato de que la *Ilíada* no tenga mas autor que la casualidad.»

Irrefutable parecia esa argumentacion en el siglo XVII, hasta á Fenelon, esto es, á uno de los hombres mas conoedores de la antigüedad. Nadie entonces ponía en tela de juicio la unidad de la *Ilíada* y de la *Odisea*, ni el arte que á la composicion de estas obras presidiera. Despues, empero, todo ha cambiado. El argumento de Fenelon no hubiera demostrado á Vico la existencia de Dios, puesto que Vico negaba precisamente la personalidad de Homero. Mucho menos aun hubiera convenido á Federico Augusto Wolf, segun el cual los griegos tardaron en aprender á formar un conjunto poético, á componer verdaderos poemas. Todo era casual en el nacimiento de la *Ilíada* y de la *Odisea*, las cuales se habian formado sucesivamente de la reunion de cantos al principio distintos, y compuestos por los varios individuos de una misma familia de aedas; por obra de los siglos, y sobre todo por la compilacion hecha en tiempo de Pisistrato, habian llegado á ser lo que son. Lachmann, uno de los discípulos de Wolf, ha intentado determinar el número de los fragmentos primitivos que sirvieron para fabricar la

Iliada. De ellos ha reconocido diez y seis nada menos, y en virtud de su descubrimiento propone otra division del poema en diez y seis cantos, para hacer justicia á los diez y seis Homeros que pueden reivindicar su parte respectiva. Muy pocos son en el día los wolfistas puros, sobre todo en Francia; pero no faltan personas, hasta en nuestro país, que aun tienen por artículo de fe tal ó cual de las paradojas en que se basa el sistema. ¿Pues no hemos visto al bueno de Dugas-Montbel, traductor de Homero, casi pedir perdón á Dios por haber llegado al principio á creer que hubo un verdadero Homero? ¿No hemos visto al célebre erudito Fauriel enseñar en la Sorbona, y hasta exagerar el wolfianismo? ¿No leemos cada día en *Revistas* literarias y en sábias disertaciones, que ya solo son los pobres de espíritu los que se figuran que cierto poeta llamado Homero concibiese y escribiese la *Iliada* y la *Odisea*? Quedan, digámoslo así, algunas dudas en el aire, en orden á la persona de Homero y al carácter de las poesías homéricas. Conviene pues ante todo probar que Homero no es meramente un nombre, esto es: conviene probar que las epopeyas homéricas son poemas en toda la extension de la palabra, hechos de mano de obrero, y compuestos, como decia Fenelon, por un esfuerzo del genio de un gran poeta. Los amontonadores de nubes se han despachado tan á su gusto, que en nuestro tiempo cumple demostrar lo que era en otro siglo la evidencia misma, lo que servia para demostrar á Dios. Felizmente para mí, la tarea es de las mas fáciles. Basta hacer el sumario exacto de la *Iliada* y de la *Odisea*, y contar sencillamente estos dos poemas como historias maravillosas de que solo se recordasen los principales ras-

gos. Así lo conocen Wolf y los suyos, y por eso se han abstenido siempre de traernos á la memoria, con una sencilla exposicion, el orden y sucesion de las partes de que se componen ambas epopeyas. Juzgan de la pintura, como dice ingeniosamente M. Ernesto Havet, por una deposicion de testigos, por los vistos de no sé qué autos de justicia, y se niegan á la confrontacion del mismo cuadro.

Análisis de la *Iliada*.

La *Iliada* comienza en el momento de estallar la querella entre Agamenon y Aquiles. Enojado del raptó de su cautiva Briseida, retirase Aquiles á sus naves, y condénase á una inaccion absoluta; por mediacion de su madre Tétis, reclamá la ira del señor de los dioses contra el ejército entero. Júpiter engaña á Agamenon con mentidas esperanzas, y el jefe de los confederados libra el combate á los troyanos. Desde aquel día se conoce la ausencia de Aquiles: los griegos, antes victoriosos, y que tenian estrechamente apretados á sus enemigos en los muros de Ilión, vense reducidos á temer por su campo y sus bajeles. Ajústase una corta tregua, sepultan á los muertos, y los griegos, para preservarse de una sorpresa, rodean su campo de un muro y un foso.

Espira la tregua, y empéñase de nuevo la lucha. Los troyanos derrotan á los griegos; Hector persigue á los fugitivos hasta el foso, donde se detiene al anochecer. Desalentados y llenos de terror, los griegos solo ven su salvacion en Aquiles: envian diputados para aplacar al héroe; pero Aquiles permanece inexorable.

Al salir el sol, vuelve á trabarse la pelea. Los griegos mas esforzados salen heridos de la refriega, y este desastre

hace alguna impresion en el alma de Aquiles; pero este se limita á enviar á Patroclo para que examine de mas cerca lo que pasa. Entretanto Hector salva el foso, escala el muro, y los griegos se refugian en sus naves. Vuelven con todo al enemigo, y durante mucho tiempo queda dudosa la victoria, hasta que los griegos son por segunda vez vencidos, viéndose reducidos á defenderse en el campo mismo, y en los bajeles. Airado y condolido, regresa Patroclo al lado de Aquiles, á quien suplica que socorra en fin á los griegos, ó cuando menos que le permita tomar sus armas y conducir á los mirmidones al combate. En ese momento hiere los ojos un resplandor siniestro: es el buque de Protesilao que arde, incendiado por mano de los enemigos. El héroe aun no está aplacado: persiste en su inaccion; pero permite que Patroclo lidie en su lugar. Toma este las armas de Aquiles y corre á su perdicion, mal protegido contra la cólera de una divinidad poderosa, por los consejos y á ruegos de su amigo. Apolo le despoja de sus armas, Euforbio le hiere y Hector le mata. La batalla se reanima con furor en torno de su cadáver. Antiloco va á anunciar á Aquiles que Patroclo ya no existe, y que los griegos no pueden rechazar de las trincheras á los troyanos. Concibese el dolor de Aquiles, su rabia, sus gemidos, las terribles amenazas que contra el matador profiere. No tiene ya sus armas; no puede correr á la pelea; sale sin embargo; pero se detiene cerca del foso, sostenido por las palabras de Iris, y cubierto con la égida de Pálas. «Tres veces, dice el poeta, el divino Aquiles da un gran grito por encima del foso, y tres veces se llenan de espanto los troyanos y sus ilustres aliados (1).» Por fin los

(1) *Iliada*, canto XVIII, vers. 228, 229.

griegos respiran, y el cadáver de Patroclo es trasladado á lugar seguro.

Mientras los troyanos celebran consejo durante la noche no léjos de las naves, convoca Aquiles por su parte la asamblea de los griegos; y aspirando por completo á la venganza, renuncia á su inaccion y depone sus resentimientos contra el hijo de Atreo. Vulcano, á ruegos de Tétis, le ha forjado nuevas armas. Cúbrese con ellas, y precipítase sobre los troyanos. No es una batalla, sino una mortandad. Pronto no queda en pié en la llanura sino Hector, víctima reservada á los destinos. En fin, el mismo Hector cae bajo la mano de Aquiles. El vencedor hace á Patroclo magníficos funerales. Entretanto el anciano Príamo, conducido por un dios, va á ver á Aquiles en su tienda, para rescatar el cadáver de Hector. El hijo de Tétis no es insensible al dolor ni á las súplicas del anciano: Príamo lleva á Troya los tristes restos de su hijo, y los troyanos celebran afligidos y llorosos las exequias de su noble héroe.

Basta ese relato. Hubiera podido extenderlo; pero no he abrigado la pretension de mostrar todo lo admirable del plan y composicion de la *Iliada*. Solo he querido probar que la *Iliada* tiene un plan, y que la composicion de este poema no falta á las mas severas prescripciones de la razon, aunque esta sea exigente. La unidad de la *Iliada*, el pensamiento que respira del principio al fin, y con el cual se enlazan mas ó menos estrechamente todas las invenciones que contiene el poema, es la ira de Aquiles. Convengo en que esta ira no se halla en todos los sucesos; pero se halla debajo, como dice Otfried Müller: suprimid esta idea, y todo el poema se cae, y todos los acontecimientos pierden

su significacion. Ni los episodios son nunca, por mas que se haya dicho, partes accesorias: quítese, por ejemplo, la despedida de Andrómaca y Hector, y aun subsistirá la epopeya, pero flaca, harto reducida, y ya desfigurada. Los episodios por otra parte no tienen la menor semejanza con pequeñas epopeyas que hubiesen existido por sí mismas antes de intercalarse en la *Ilíada*: nunca forman un todo completo; y á cada paso, casi á cada verso, abundan en alusiones á los hechos que se han debido leer antes de llegar á esos supuestos poemas. Sin los episodios, la *Ilíada* aun seria la *Ilíada*; sin la *Ilíada*, nada son los episodios.

Así es que ni siquiera necesitamos recurrir á la hipótesis imaginada por el historiador Grote. La *Ilíada* es lo que debe ser, lo que siempre ha sido, y no una *Aquileida* aumentada mas adelante con una docena de fragmentos entresacados de alguna otra epopeya, cuyo argumento era propiamente el sitio de Troya. M. Grote compara la *Ilíada* con un edificio construido primeramente sobre un plan reducido, y que se ha agrandado con adiciones sucesivas. En el plan original no admite mas que el primer canto, el octavo, el undécimo y siguientes, hasta el vigésimo segundo inclusive, y en rigor el vigésimo tercero y el vigésimo cuarto. Así la *Ilíada* es un Louvre ó un Fontainebleau y el edificio supone la mano de mas de un arquitecto.

La Harpe, que no siempre merece citarse cuando escribe de los antiguos, halló á lo menos una vez acentos dignos de la materia al hablar de la *Ilíada* y del arte incomparable que en ella despliega Homero.

«Veia con pesar, lo confieso, dice el crítico, que los combates iban á empeñarse de nuevo despues de la embajada

de los griegos; y decia para mí que era muy difícil que el poeta dejara de imitarse, trabajando siempre sobre un mismo tema; pero al ver que de repente se hacia superior á sí mismo, en el canto undécimo y siguientes; que se elevaba con raudo vuelo á una altura que al parecer crecia de continuo; que daba á su accion un nuevo aspecto; que substituia algunos combates parciales con el espantoso choque de dos grandes masas, precipitadas una sobre otra por los héroes que las mandaban y los dioses que les animaban; que equilibraba mucho tiempo con un arte inconcebible una victoria que los decretos de Júpiter al valor de Hector prometieran: parecióme entonces que el númen del poeta ardía con todo el fuego de ambos ejércitos: lo que hasta entonces habia leído, y lo que estaba leyendo, me ofrecia la idea de un vasto incendio que, despues de devorar algunos edificios, aparentara extinguirse por falta de pábulo, y que, atizado por un vendabal furioso, hubiese envuelto de pronto en las llamas una ciudad entera. Yo seguia sin poder respirar al poeta que me arrebatava consigo; me hallaba en el campo de batalla: veia á los griegos estrechados entre las trincheras que habian construido y las naves que eran su postrer asilo; á los troyanos que se precipitaban en tropel para forzar aquella barrera; á Sarpedon que arrancaba una almena de la muralla; á Hector que lanzaba una roca enorme contra las puertas que la cerraban, haciéndolas astillas, y pidiendo á grandes voces una tea para incendiar los bajeles; casi á todos los jefes de Grecia, Agamenon, Ulises, Diómedes, Eurípilo y Macaonte, heridos y fuera de combate; al solo Ajax, última defensa de los griegos, que les cubria con su valor y su escudo, abrumado de cansancio, sudoriento, impelido

hasta su buque, y rechazaba siempre al enemigo vencedor; en fin, las llamas que se elevaban de la incendiada flota, y en este momento la grande é imponente figura de Aquiles, armado en su nave, mirando con fruicion tranquila y cruel la señal que Júpiter prometiera, y que su venganza aguardaba. Delúveme casi á despecho mio para entregarme á la contemplacion del gran genio que habia construido aquella máquina, y que cuando yo le creia rendido, se levantaba y crecia de tal modo á mis ojos: yo experimentaba uno como inefable éxtasis; creí haber conocido por primera vez todo lo que era Homero; tenia un secreto é indecible placer al ver que mi admiracion se igualaba á su genio y nombradía, que no en vano habian consagrado su nombre treinta siglos; y era para mí una doble satisfaccion hallar tan grande á un hombre, y tan justos á los demás.»

Análisis de la *Odisea*.

En el *Arte poética* de Horacio, despues de citar el autor un verso del principio de no sé qué epopeya sobre la guerra de Troya, cita al lado, como contraste, los dos primeros versos de la *Odisea*, alabando altamente su claridad, su sencillez, su entonacion perfecta y su exquisita propiedad. Poco despues añade: «Para narrar el regreso de Diómedes, no se remonta el poeta á la muerte de Meleagro, y no refiere la guerra de Troya comenzando por los dos huevos de Leda; siempre se apresura, y corre al desenlace; lleva desde luego al lector al corazon mismo de las cosas, suponiendo que ya sabe de qué se trata; lo que no confia que brille en sus manos, lo deja, y pone tanto arte en sus ficciones, entreteje tan hábilmente lo cierto con lo falso, que nunca hay discordancia desde el principio á la mitad, desde la mitad al fin

del poema (1)!» Por consiguiente, no habria para qué hacer á Horacio esta pregunta, que en efecto es bastante extraña: «¿La *Odisea* tiene plan? es obra de un solo poeta?» Verdad es que Horacio no leyó los *Prolegómenos* de Wolf. Y con todo, á despecho de Wolf y de sus *Prolegómenos*, la *Odisea*, lo mismo que la *Ilíada*, y mucho mas aun que la *Ilíada*, es prueba de un poeta, como el universo lo es de un Dios.

En la *Ilíada* las partes se siguen sencillamente, segun el orden cronológico, mientras dura la accion referida. No es el poeta solo quien nos cuenta el regreso de Ulises: por boca del héroe sabemos las vicisitudes que han agitado su vida desde que partió de la isla de Calipso. Cuando comienza el poema, ha ya muchos años que se tomó á Troya, y que Ulises se esfuerza en vano para arribar á la costa de su querida Itaca, y para ver elevarse, como dice el poeta, el humo de la tierra natal; Penélope ya no sabe cómo resistir á las importunidades de los pretendientes, quienes la intiman que por fin elija esposo; su hijo Telémaco, alentado por Minerva, convoca la asamblea del pueblo, y denuncia en presencia de los mismos pretendientes las indignidades que en el palacio de Ulises se cometen; parte en seguida para Pilos y Lacedemonia, á donde va á informarse con Nestor y Menelao de si se ha oido hablar de su padre; hasta entonces Telémaco habia sido niño: en adelante ejercitase en las acciones viriles; y Ulises, á su regreso, hallará á un hijo digno de él y capaz de prestarle útil auxilio, cuando haga sentir á los pretendientes la fuerza de su brazo.

Consúmese entretanto Ulises en la isla de Ogiogia, donde

(1) Horacio, *Arte poética*, vers. 146 y sig.

le detiene Calipso, lejos de su patria y del comercio de los hombres, hasta que los dioses se compadecen de su infortunio: abandona una mansion aborrecida, embarcado en una almadía por sus propias manos fabricada; pero Neptuno, cuyo odio no se ha amortiguado, se acuerda de que tiene un hijo por vengar. La tempestad rompe la balsa, y Ulises se libra sin embargo del peligro, aportando muerto de hambre y cansancio á la costa de la isla de Scheria (1), afortunado país de los feacios. Alcino, rey de la isla, recibe en su palacio al suplicante náufrago, y en pago de tan generosa hospitalidad cuenta Ulises á los feacios sus maravillosas aventuras: dice que los vientos tempestuosos le han llevado sucesivamente á las costas de los cicones, al país de los lotófagos y á la comarca habitada por los cíclopes; que Polifemo le tuvo cautivo en su antro, á él y sus compañeros; describe los sanguinarios festines del horroroso hijo de Neptuno, la ruidosa venganza de tantas muertes, y la estratagemata que salvó á los cautivos que sobrevivieron; traslada consigo á sus oyentes al palacio del hospitalario rey Eolo, quien empero no sufre que se abuse de sus mercedes y se desprecien sus consejos; á la region de los lestrigones, gigantes antropófagos; á la isla en que la encantadora Circe convierte á los hombres en bestias; al país de las tinieblas, donde el héroe evocara las almas de los muertos, ávidos de probar la sangre del sacrificio; evita la seducción del canto de las sirenas, el abismo de Escila y Caribdis, é incurre en la indignacion del Sol, cuyos bueyes han sido degollados por sus compañeros; finalmente, la tempestad estrelló su nave, y de la isla del Sol le arrojó á las costas de Ogigia.

(1) Corcira.

(El traductor.)

Deleitados los feacios con la narracion de Ulises, cólmánle de presentes y danle para regresar á su patria uno de sus buques, los cuales andaban sin desviarse nunca de su rumbo al través de las ondas. Mientras dormia, la nave llegó á la costa de Itaca: los feacios le dejan dormido en su tierra natal, con los tesoros que eran su riqueza. Despierta, y cerciorado de que los feacios no le han abandonado en alguna costa desconocida, trasládase á casa del porquero Eumeo, el mas fiel de sus servidores, y sabe por él cuanto ha pasado durante su larga ausencia. A todo esto Telémaco habia vuelto de su viaje y librádose de las asechanzas que para hacerle perecer le armaran los pretendientes de Penélope; va tambien á casa de Eumeo, y encuentra á su padre. Ulises se descubre á Telémaco; pero exigele el secreto mas profundo, así sobre su presencia como sobre sus designios.

Eumeo introduce á Ulises en la ciudad, y hasta en el palacio donde los pretendientes devoran su patrimonio. Nadie conoce al rey de Itaca bajo los harapos del mendigo y bajo las arrugas con que Minerva le ha surcado la frente. Digo mal: un perro viejo, medio muerto en el estiércol, meneó la cola y agachó las orejas así que sintió aproximarse el amo que le habia criado. La anciana Euriclea conoce tambien á Ulises, pero en una señal del todo exterior, y Ulises la impone, como á Telémaco, un silencio absoluto.

A Penélope se la ocurre, por último expediente, prometer que se casará con el pretendiente que venciere á todos sus rivales en el combate del arco; pero hay que tender el arco de Ulises, y todas las manos son harto débiles para conseguirlo. El mendigo pide que se lo dejen probar, y se lo conceden á instancias de Telémaco; tiende el arco sin esfuerzo, y da

en el blanco; en seguida, ayudado de su hijo, de Eumeo y de otro servidor leal, hace pagar á los pretendientes y sus cómplices el precio de su insolencia y de sus crímenes. Ulises, recobrada ya su primera forma y gallardía, da se á conocer á Penélope; al día siguiente sale de la ciudad para evitar el furor de los parientes de los que han sufrido su venganza, y para visitar á su anciano padre Laertes en su casa de campo. Acométele el enemigo hasta en aquel retiro; pero despues de una breve lucha, ajústase la paz entre ambos partidos, merced á la intervencion de los dioses.

¿La *Iliada* y la *Odisea* son obras del mismo poeta?

Quien ha compuesto la *Iliada* es un poeta, y un poeta de genio; y quien ha compuesto la *Odisea* es tambien un poeta, y un poeta no menos grande. Eso no ofrece duda alguna. Pero el poeta de la *Odisea* y el poeta de la *Iliada* son el mismo poeta? En otros términos: ¿no hay mas que un Homero, ó hemos de admitir dos? Cuestion es esa desde há tiempo debatida, y sobre la cual no andan acordes algunos hombres de claro talento. Hasta en la antigüedad hubo críticos que opinaban que la *Iliada* y la *Odisea* no eran del mismo autor, y á los cuales se daba el nombre de *corizontes*, esto es, separadores, por la diferencia de la separacion que pretendian establecer entre ambos poemas. Los motivos que alegaban en apoyo de su opinion pecan en general de muy ligeros, y casi de pueriles. Observo que todos los corizontes eran gramáticos de la primera escuela de Alejandría, de aquella escuela que se fijaba infinitamente mas en las palabras que en las ideas, y mas en la versificacion que en la poesía; pero creyera injuriarles si les juzgase por lo que de ellos refieren los escoliastas de Homero. Segun estos, los corizontes

negaban que el mismo autor hubiese dicho en un poema que Casandra era la hija mas hermosa de Priamo, y en el otro que era Laodicea; no menos extraño ballaban que la isla de Creta tuviese cien ciudades en la *Iliada*, y noventa no mas en la *Odisea*. Creo que semejantes nimiedades no son para discutidas.

Algunos modernos han intentado, especialmente en estos últimos tiempos, hacer que prevalezca la idea de los corizontes, y darla un carácter sábio y sistemático. Y á la verdad, sus argumentos son de mas peso que los de los alexandrinicos: derivanlos del exámen profundo de ambos poemas, y de lo que llaman su extraña diversidad. Así que la *Iliada* es mas patética y mas sencilla, y la *Odisea* mas moral y mas complexa: en la una domina el entusiasmo, y para el interés basta el movimiento de una narracion arrebatada; en la otra, la combinacion de las partes suple la rapidez de la accion: el poeta sondea mas profundamente los pliegues del corazon humano, con pulso mas seguro y con mas reflexiva conciencia. Segun los modernos corizontes, la *Iliada*, epopeya de guerras y batallas, hubo de componerse en tiempos bastante próximos á la época heróica, cuyo espíritu respira, y no léjos de los lugares que habian sido el escenario de sus proezas, y que con tan sencilla fidelidad se describen en el poema. La *Odisea* es el cuadro de una civilizacion mas perfeccionada, y mas curiosa de las artes que proporcionan el bienestar de la vida: es en muchos conceptos una epopeya de comerciantes y de exploradores de léjas tierras; por consiguiente, datará de aquella época de dichosa actividad en que las ciudades jónicas dieron el primer impulso á su comercio é hicieron sus prime-

ros ensayos de navegacion. Hasta el idioma, á pesar de la uniformidad del dialecto épico, tiene diferencias notables de uno á otro poema: mas sencillo y mas aproximado á las formas eólicas en la *Iliada*; mas sábio y ya mas inclinado al jónico en la *Odisea*.

Tales son las principales razones por que los corizontes del dia consideran la *Iliada* y la *Odisea* como obras de dos poetas distintos que, ni fueron contemporáneos, ni tal vez vivieron en los mismos lugares. Helas resumido fielmente conforme con M. Guigniaut, el mas hábil apologista de la doctrina.

He aquí algunas objeciones á que los anteriores argumentos están muy léjos, en mi sentir, de haber contestado de un modo concluyente.

No ha habido mas que un Homero.

La diferencia de los dos asuntos explica la de carácter que se manifiesta en ambos poemas; y el arte mas sábio, si se quiere, en la *Odisea* que en la *Iliada*, solo prueba que el autor de la *Odisea* hubo de recurrir á su genio mucho mas que el autor de la *Iliada*, para sostener hasta el fin la atencion del lector siempre tan próxima á desmayar. Es de todo punto falso que los sentimientos de los héroes y heroínas de la *Iliada* sean de un orden menos elevado, de una pureza menos ideal que lo que en la *Odisea* admiramos. Tengo para mí que Andrómaca no cede á Penélope; y la Helena de la *Iliada* no es indigna, ni por asomo, de la amable mujer que recibe á Telémaco en su palacio. Los guerreros de la *Iliada* no son siempre saqueadores de ciudades y matadores de hombres; no todos los mortales mas pacíficos de la

Odisea son dechados de virtud, y en ellos, hasta en los mas prudentes, sorprendemos pasiones no muy cultas, y apetitos un tanto feroces. En conclusion, es el mismo hombre en ambos poemas, pero visto bajo dos diferentes aspectos, allí en su vida guerrera, aquí en su vida social. Ciertamente que en la *Odisea* el estudio moral del hombre es mas extenso, mas profundo, mas reflexivo quizás; pero extrañaríamos que no fuese así, y que una epopeya como la *Iliada*, en la que todo es accion, y la que abunda en descripciones de batallas, contuviese todas las enseñanzas de que está llena la epopeya del hogar doméstico y de la paz. Por otra parte, nada nos impide admitir, con la tradicion antigua, que la *Iliada* fué la produccion de la edad viril del poeta y la *Odisea* la obra de su poderosa vejez, cuando habia vivido mucho, cuando habia visto, como su héroe, las ciudades de muchos pueblos y estudiado su espíritu; cuando debia complacerse en las meditaciones interiores y en las historias sin término. ¿Pudíeráse afirmar que los hombres de la *Odisea* conocen artes de que no hay indicio en la *Iliada*, ó que las artes mencionadas en ambos poemas están mas perfeccionadas en uno que en otro? De ningun modo. Léase por ejemplo en la *Iliada* la descripcion del palacio de Príamo, ó la del escudo de Aquiles, y dígase si hay algo en toda la *Odisea*, hasta las mas raras maravillas de Itaca, ó de Esparta, ó de Scheria, de donde inferir una manifestacion mas completa de la industria humana, ó una ejecucion mas hábil ó mas brillante. Los bajeles que llevaron de Grecia al Asia el innumerable ejército mandado por Agamenon, prueban que la navegacion no era cosa nueva en tiempo de la guerra de Troya, ni por consiguiente las exploraciones de tier-

ras mas ó menos apartadas, y que el poeta de la *Iliada*, cualquier que fuese el tiempo en que viviera, pudo si tal era su antojo componer una epopeya de mercaderes, como se dice, y de viandantes aventureros. En el siglo X antes de nuestra era, cuando cantaba el poeta de la *Iliada*, hacia ya algunas centurias que los argonautas habian efectuado su viaje aventurero y conquistado el vellocino de oro.

Así, pues, la confrontacion imparcial de ambos poemas, en punto á las artes de toda clase, es la mejor impugnacion contra los corizontes. La *Iliada* y la *Odisea* se completan una á otra, sin contradecirse. Por lo que mira al carácter de arcaísmo notado en la *Iliada*, es cosa meramente imaginaria, y no fuera temerario desafiar á todos los filólogos del mundo á fundar la supuesta diversidad lexicológica en otra cosa que ilusiones y sistemas preconcebidos. Los indicios de eolismo no son menos visibles en la *Odisea* que en la *Iliada*, y en uno y otro poema germina, digámoslo así, el jónico futuro. Tanto la *Iliada* como la *Odisea* están escritas en aqueo, en el dialecto intermedio entre las lenguas eólica y jónica.

¡Y el estilo, los giros, el órden y movimiento de las ideas! y la versificacion! y las fórmulas consagradas! y los epítetos tradicionales! Eso es lo que los corizontes no se curan de comparar en ambos poemas, y ese es el punto donde mas claramente resalta la semejanza. Cien versos tomados al acaso del uno no se parecen menos á cien versos tomados del otro, ya en la estructura, ya en el estilo, ya en el movimiento general, que estos á todos los versos anteriores y siguientes. «El estilo es el hombre,» dijo Buffon, y bien podemos decir aquí: «El mismo estilo es el mismo

hombre.» Luego no hay mas que un Homero. El estilo no se roba, y á pesar de todos los esfuerzos, nadie toma los giros de ingenio de otro: nadie escribē sino consigo mismo, mejor ó peor que otro, tan bien quizá, pero siempre con estilo distinto. Sin duda es gran maravilla que el mismo hombre que compuso la *Iliada* fuese tambien el autor de la *Odisea*; pero aun es mas inaudito el fenómeno de semejanza admitido por los corizontes. El pitagórico Ennio se habia figurado que el alma de Homero habia pasado á la suya, y todos sabemos qué Homero era Ennio. Esta es la metempsicosis que hubiéramos de suponer para fallar en favor de los modernos pitagóricos. Hay un prodigio mil veces mas extraordinario que la existencia de un Homero único, y es la existencia, sucesiva ó no, de dos Homeros.

El ilustre Otfried Müller, que rechaza la hipótesis de los corizontes, propone otra mucho mas inadmisibile todavia. Segun él, Homero concebiria el plan de la *Odisea*, encargando á uno de sus discípulos que diese colorido y vida á sus concepciones. No creo que ninguna literatura ofrezca un solo ejemplo de que inferir siquiera la sencilla posibilidad de un fenómeno como el que Müller supone; fuera de que basta leer la *Odisea* para conocer que la compuso el mismo que la concibiera. El estilo del cantor de Ulises no es de escuela y de práctica; y la uña del leon, el divino sello del genio, se manifiesta en él tan claro, si no tan ardiente, como en el estilo del cantor de Aquiles.

Fecha probable de la existencia de Homero.

En otra parte he dicho que el poeta de la *Iliada* y de la *Odisea* veia á los hombres y cosas de la edad heróica á una

distancia favorable á la perspectiva, y que se figuraba vivir en un mundo degenerado, atendidas las maravillas y proezas de los antiguos dias; pero si Homero no era contemporáneo de los grandes sucesos que referia, vivió sin embargo en un siglo en que aun se recordaban muy bien: hecho que á mi entender no necesita demostrarse. «Calculo, dice Herodoto (1), que Homero y Hesíodo vivian solo cuatrocientos años antes de mí.» Segun esta opinion, Homero seria contemporáneo de Licurgo, y tres siglos posterior á la toma de Troya. Estoy convencido de que su fecha se ha de atrasar algo mas que la época de Licurgo, y tal vez hasta el año 1000, poco mas ó menos, antes de nuestra era. Las tradiciones relativas á Licurgo nos dicen, como ya lo he observado, que el legislador de Esparta recopiló y copió los poemas homéricos, famosos en toda el Asia Menor. Y cuando se compusieron esos poemas estaban florecientes las monarquías; la Grecia era aun gobernada por reyes hereditarios, descendientes de los antiguos héroes, y Homero cantaba para que pasaran agradablemente sus ratos de ocio, como Tamíris, Femio y Demodoco habian cantado con igual objeto respecto de los soberanos antecesores. Si se hace vivir á Homero en una época mas adelantada, hay mil cosas en sus poemas que no es dable explicar. «El mando de muchos no es bueno: haya un solo jefe, un solo rey (2).» No habria hablado así un poeta bajo un régimen democrático, ni aun por boca de Ulises.

(1) Lib. II, cap. LIII.

(2) *Iliada*, canto II, v. 204.

Homero era jonio.

Siete son las ciudades que se han disputado la honra de haber dado nacimiento á Homero, y en un verso famoso van enumeradas por el orden siguiente: Esmirna, Chios, Colofon, Salamina, los, Argos y Atenas; pero cumple decir que las mas alegaban en apoyo de su pretension títulos prestados, ó bien mas que sospechosos: así es que Atenas reclamaba á Homero como suyo, porque era la metrópoli de Esmirna, y los de Colofon pretendian que los de Esmirna se lo habian cedido: de donde venia, segun ellos, el nombre de Homero, *Ὅμηρος*, que significa, en efecto, *rehenes*. La cuestion verdaderamente formal está entre Esmirna y Chios. En Chios florecia la escuela de los rapsodas llamados homéridas, quienes pasaban por descendientes de aquel poeta; y Simónides le apellida el *hombre de Chios*. El poeta que habla en el *Himno á Apolo Delio* dice á las hijas de Délos que es el ciego que mora en la montuosa Chios; y Tucídides hasta considera aquel himno como obra de Homero. Prescindiendo de la autenticidad del himno, nada impide suponer que si Homero no nació en Chios, pasó en ella parte de su vida, llegando á ser ciudadano de la misma, y que cualquiera que fuese su verdadera patria, podia tomar ó dejar que le diesen el dictado de hombre de Chios. Eso tambien basta para explicar la existencia en aquella ciudad de la grande escuela de los homéridas, y la creencia bien ó mal fundada de que estos rapsodas eran descendientes de Homero. Esmirna, por su parte, mostraba el templo que habia levantado en conmemoracion del poeta y en el cual le honraba como á un héroe; alegaba el nom-